

PICHI-

SEÑOR BELORCIO-

D. SEGURO DETECTIVE-

EL MALDITO-

Nº 86 Año III • SEMANARIO INFANTIL • 20 CTS.

## AVENTURAS DE PICHI







## Buscando a mamá

Paquito, que apenas contaba los seis años, era el niño más inteligente de la Inclusa. Cuando llegaba algún visitante al benéfico establecimiento, era él el encargado de salir a la pizarra, para escribir al dictado o hacer alguna operación aritmética, cosas ambas que hacía a la perfección. Su inteligencia despierta le hacía percatarse de cosas que a la mayor parte de los chicos de su edad pasaban desapercibidas. Por ello el día del santo de la Superiora, en vez de ser para él un día de contento y alegría, lo fué de tristeza. No porque no le gustaran los caramelos y pasteles con que fueron obsequiados, porque Paquito era muy goloso y se desvivía por los caramelos.

El día estaba hermoso en aquella mañana del mes de junio, impregnada de sol y de olor a acacias. Muy de mañana, antes de la hora de costumbre, empezaron las monjitas a vestir con el traje de las fiestas a todos los pequeñuelos, que apenas vestidos corrían al patio, y uno a uno iban a besar la mano de la Superiora, repitiendo todos las palabras de felicitación que las monjas les enseñaron. La Superiora sonreía a todos y a todos acariciaba, procurando con sus manos suplir aquellas caricias que los pobres niños jamás habían sentido.

A la voz de la campana los niños formaron en el patio, y en doble fila penetraron en la iglesia, donde se iba a celebrar una gran función religiosa, como primer festejo del día.

El órgano sonó, y voces infantiles salieron del coro en cantos de plegaria. Luego la comunión y después de breve rezo, desapareció el cura tras de la sacristía, apareciendo al poco en el púlpito, para después de la oración acostumbra, rendir un homenaje a la Superiora.

—Todos vosotros, hijos míos—decía el sacerdote—, llegáis a esta casa, que es vuestro hogar, abandonados por la desgracia o por el vicio. Casi ninguno de vosotros conocisteis a vuestra madre y, lo que es peor, casi ninguno llega-

réis a conocerla. Por ello, para vosotros quizás sea difícil comprender el significado de la palabra "madre", de mamá, como suelen decir los niños a vuestra edad. Esa palabra, al salir de nuestros labios, produce el mismo consuelo a nuestras penas, que la plegaria en el alma de un creyente. Mitiga los dolores, da fuerza al débil, sirve de secante a nuestro llanto... ¡Mucho se podrá querer a un padre! Pero en los momentos de pena, siempre acudimos a nuestra madre. Ella es la que siempre se acerca a nosotros en los momentos de sufrimiento. De niños, cuando sufrimos una caída, a su regazo acudimos a ocultar nuestra cara bañada en lágrimas, en busca de sedante para nuestro dolor. Ella es la que en las noches de nuestros insomnios infantiles, nos coge en sus brazos, y arrullándonos con canciones suaves, hace volver a nuestros ojos el sueño ausente, depositándonos de nuevo en la cuna, con el mismo cuidado que si dejara sobre ella el tesoro más delicado. Ella es la que quita importancia a nuestras travesuras, para evitarnos el castigo de papá. Ella es la que en nuestras enfermedades nos cuida con manos primorosas. Ella es, en fin, la protección, el cariño desinteresado, el consuelo de todos. En la guerra, cuando el soldado cae herido, en lucha fratricida con el hombre. En el taller, cuando el obrero cae víctima de su trabajo, y en la vida, cuando el hombre cae derrotado por el infortunio, se le oye siempre gritar: "¡Madre mía!", como una invocación que sirve de consuelo a nuestras penas o adversidades.

—Pues bien, hijos míos—continuó diciendo el sacerdote—. Vuestra madre, vuestra mamá, como decís en vuestro lenguaje infantil, es sor Luisa, la Superiora, a quien queréis como si de vuestra propia madre se tratara...

Largo rato continuó aún el sacerdote hablando en homenaje a la Superiora, hasta que al fin sonó la campana anunciando la hora del desayuno.

Todos los niños penetraron en confu-

so tropel en el comedor, colocándose cada cual en su sitio. Al empezar a servir el café con leche, la monja se apercibió de que había un sitio vacío. Salió al patio en busca del retrasado, y con gran sorpresa vió a Paquito, el que era el primero en entrar otros días al comedor, que, escondido en un rincón, estaba llorando.

—¿Qué te pasa, hijo mío?—le preguntó la monja acercándose.

—Nada.

—¿Entonces, ¿por qué lloras? ¿Te ha pegado alguno?

—No.

—Pues anda, ve a tomar el desayuno.

Paquito secó sus lágrimas con el pico del delantal, y de la mano de la monja fué a sentarse en su sitio.

Todos charlaban y reían mientras devoraban el desayuno, menos Paquito, que lo tomaba de mala gana, cosa extraña en él, que era muy hambrón, y era que las palabras que pronunciara el sacerdote, se le habían clavado en el corazón como un dardo. ¿Por qué él no tenía madre? Ciertamente que las monjas eran muy buenas con ellos, pero en vez de esas caricias consoladoras, que el sacerdote decía prodigaban las madres, les hacían callar con órdenes. En

*Sigue en la página 6.*

## Curiosidad

A Mechita, por ser el día de su santo, sus papás y su abuelita la habían regalado un sin fin de juguetes, muchos dulces y caramelos, y reunida con todos sus amiguitos había pasado un día delicioso. Cansada de tantas carreras por el jardín, de tanto jugar al corro y a la gallina ciega, cuando se marcharon sus amiguitos, se encerró en su cuarto de juguetes y empezó a examinar con detalle los que le acababan de regalar, pues entre la merienda y los amigos no la habían dejado tiempo para ello.

Un tren. Una comba. Una casita de muñecas. Gozosa palmoteó alegre al ver correr el tren arrastrado por la máquina de cuerda. Con la comba saltó un tocino, tirándola a un lado de la habitación, cuando jadeante empezaba a sudar. ¡La casa de muñecas! ¡Qué alegría poder cambiar los muebles de un lado para otro sin que su mamá la reprendiera!

De una caja grande, sacó Mechita una preciosa muñeca, que tenía como ella toda la cabeza llena de tirabuzones rubios. Con cariño verdaderamente maternal, la besó tres o cuatro veces, y sentándola en el suelo ante ella, la niña se puso a charlar con la muñeca.

—¡No tienes que ser mala!—decía Mechita—¡Y has de comer la sopita, porque si no la abuelita no te va a querer!

—¡Qué vergüenza! ¡Una nena tan guapa como tú chuparse el dedo!—continuaba diciendo la nena—¡Se te va a caer!

Mechita dió un cachete en la mano a la muñeca para reprenderla de la imaginada costumbre, y al golpe cayó ésta de espaldas. Al perder la posición que la muñeca tenía, de dentro de ella salió una voz que dijo:

—¡Ma... má!

—¡Huy! ¡Si habla!—exclamó contenta Mechita.

La niña, que aunque era muy buena tenía la fea costumbre de ser muy curiosa, empezó a intrigarse por la causa que hacía hablar a la muñeca, y después de un examen detenido, vió que tenía en la espalda un agujero. Cogió un palo y lo metió por él y notó que el palo tropezaba con algo; para saber de qué se trataba, metió un dedo, y urgando de un lado para otro, estuvo largo rato, hasta que dentro de la muñeca se oyó un ruido. Como no sacó nada en limpio del examen, Mechita volvió a sentar a la muñeca para hacerla hablar de nuevo, y prestar más atención y poder dar con el sitio de donde salía la voz.

La dió un empujón suave, y la muñeca no habló. Volvió a sentarla de nuevo, la empujó de nuevo otra vez, pero nada; la muñeca seguía sin hablar. Y así varias veces, sin obtener mejor resultado, y eso que cada vez la empujaba con más fuerza. Una de las veces con tal furia la empujó Mechita, que al tropezar la cabeza de la muñeca contra el suelo, saltó rota en varios pedazos.

Mechita, al ver la muñeca rota, puso cara de asombro; después hizo una mueca de llanto, hasta que al fin rompió a llorar con amargura, saliendo del cuarto en busca de su mamá.

—¿Qué te ha ocurrido, nenita?—la preguntó ésta al verla aparecer llorando de esa manera.

Mechita, contó a su madre lo que la había ocurrido, y ésta, después de oírla, la dijo:

—Dios te ha castigado por curiosa. Si no hubieras ido a mirar por qué hablaba la muñeca no la habrías roto. ¡Así aprenderás para otra vez!

Mechita siguió llorando apenada por la pérdida de su muñeca. Pasado un rato se acercó a su mamá y entre hipo e hipo, la dijo:

—Mamá. ¡Cómprame otra muñeca, que ya nunca más volveré a ser curiosa!

La mamá miró a los ojos de la nena, y al mirar en ellos el tono de sinceridad de sus palabras, la dió un beso y la prometió comprarla otra al día siguiente.

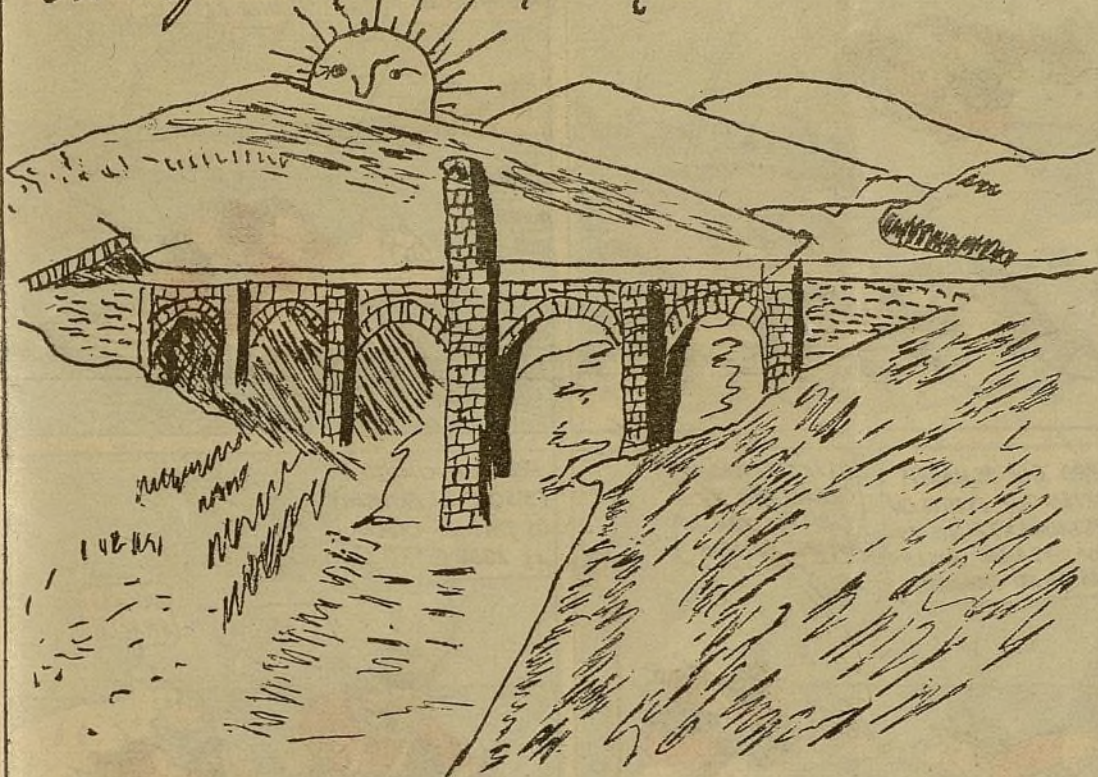
Desde aquel día Mechita dejó de ser curiosa.

K-CHITO

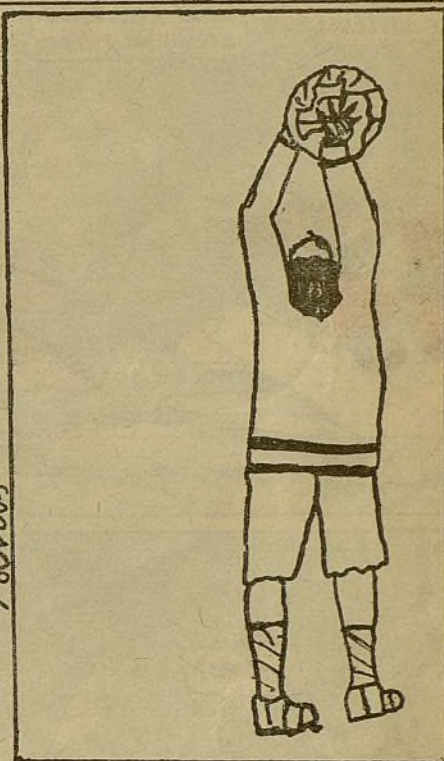


LOS PEQUENOS DIBUJANTES

Por Alfonso Barrero Rubio (Madrid) 9 años



go PORTEADO 9 años



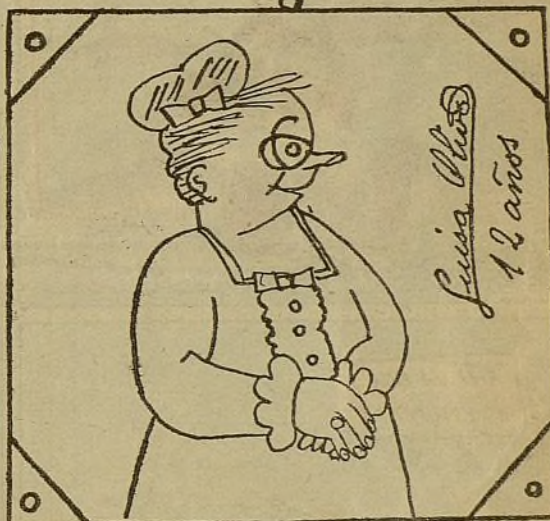
«Luis Sánchez» 11 años.

«El perrito»



5.º BELORCIO 1932

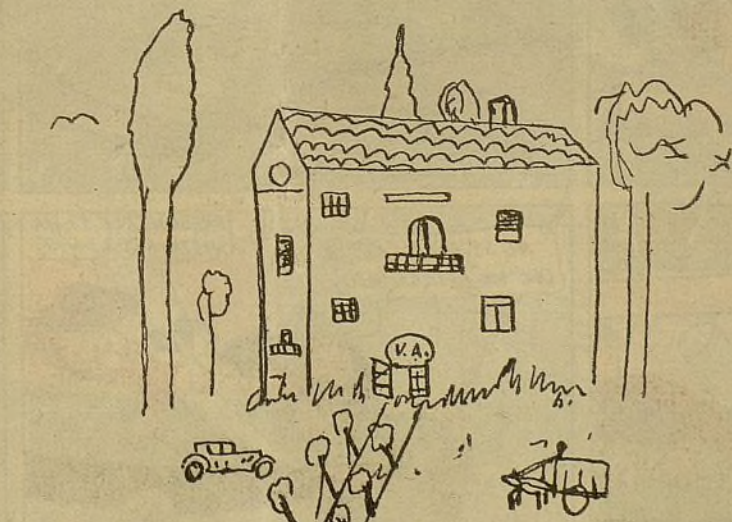
Comandante Sánchez 10 años. Dedicado



Luisa Oliva 12 años



Francisco Murcie



La aldea de mi amigo mi José M.ª Blanc 9 años



Manuel Gallardo



Manuel Gallardo





# MIN y MAX

## EPISODIO Iº

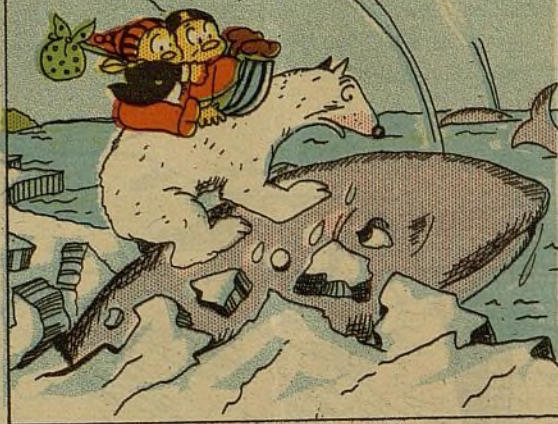


MIRA UN COLEGIO DE BALLENAS

SIEMPRE APARECE ALGO PARA RECORDARNOS LOS ESTUDIOS



¡¡EH!! CARAYI QUE ES ESTO QUE SALE A TRAVES DEL HIELO?

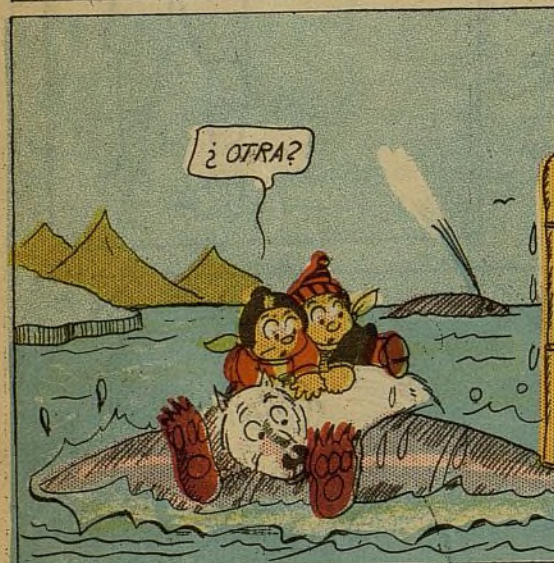


AHORA PUEDES LUCIR TUS PROEZAS DE NADADOR QUE-RIDO OSCAR

DATE PRISA O TE VAS A ENCONTRAR CON NOSOTROS EN EL VIENTRE DE UNA BALLENA

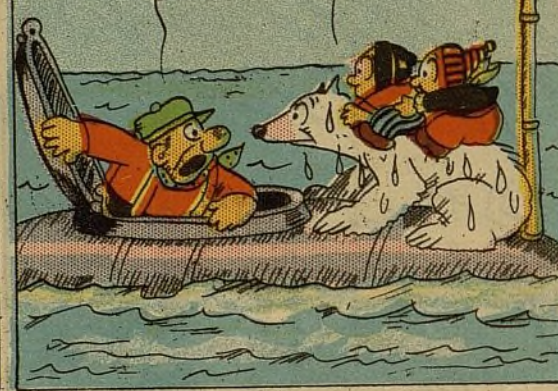


¿OTRA?



PERO QUE OS HABEIS CREIDO QUE ESTOES UN RESTAURANT? YO ESTOY CAZANDO BALLENAS Y NO MONIGOTES

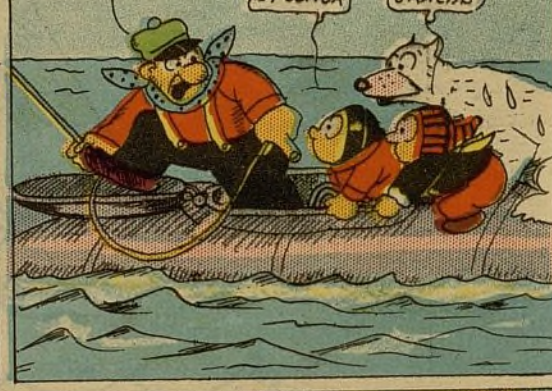
USTED PERDONE CABALLERO, LE HABIAMOS TOMADO POR UNA BALLENA



PUES EN CUANTO PESQUE LA PRIMERA OS TIRO DE CABEZA AL AGUA

SI SEÑOR

MUCHAS GRACIAS



AHI VA UNA Y ES ESTUPENDA



¡¡EH!! QUE ES ESTO?

LO SENTIMOS AMIGO PERO SI HA DE IR ALGUNO AL AGUA MAS VALE QUE SEA V



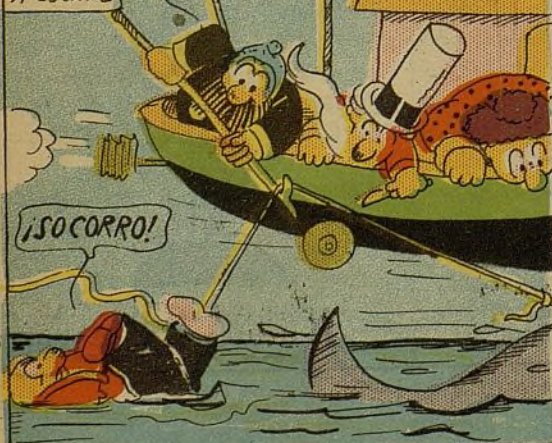
MIRE CAPITAN ALLI VA UN HOMBRE CORRIENDO DETRAS DE UNA BALLENA

ES VERDAD PERO NO PARECE QUE VA DE BUENA GANA

¡SOCORRO!

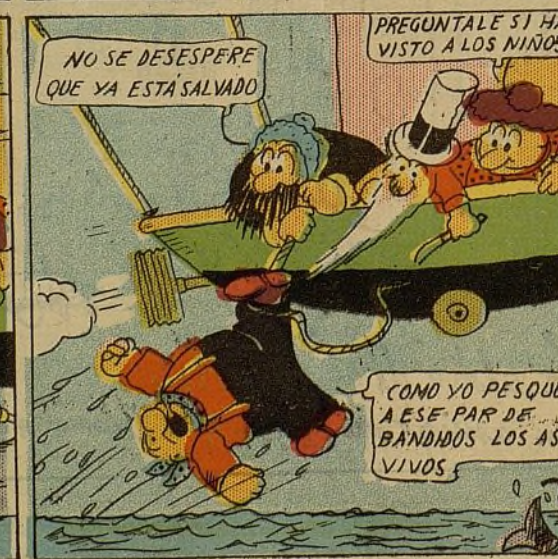


AGARRESE BIEN Y LE SUBIMOS A ESCAPE



NO SE DESESPERE QUE YA ESTÁ SALVADO

PREGUNTALE SI HA VISTO A LOS NIÑOS



¡VAYA SORPRESA, ALLI ESTAN MAMÁ, EL CAPITAN, EL PROFESOR Y ESE ATONTADO QUE HABIAMOS ATADO A LA BALLENA. LE HAN SALVADO Y NOS ESTAN BUSCANDO

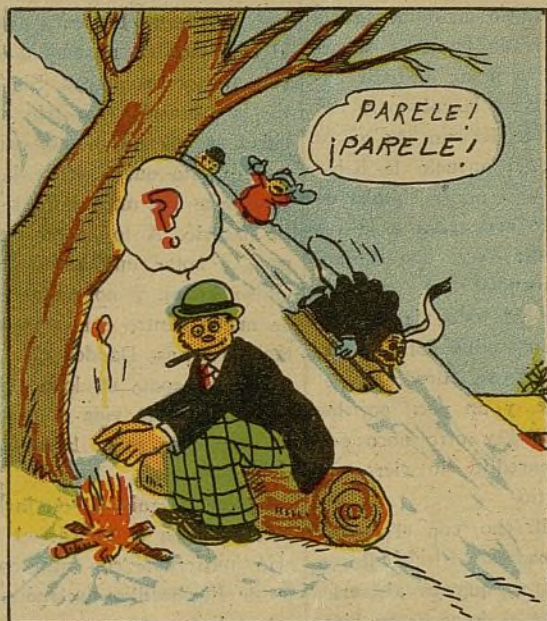
DIME OSCAR, SABES GUIAR UN SUBMARINO?



CONTINUARA



# KAYO BOMBIN



## EL RATÓN







# FLECHECILLA

Esto era un pez, llamado Flechecilla, por la gran rapidez con que nadaba, que era la envidia de todos los peces que habitaban en el seno de las aguas del estanque. Su papá y su mamá, primeros habitantes de aquellas aguas, eran dos peces gordos, serios, de color parecido a las almejas de los mejillones, diferenciándose por todas estas circunstancias mucho de su hijo Flechecilla, que era delgadito, de color colorado y el más travieso de todos los hijos de aquellos dos padres, y eso que eran muchos los que habían tenido en los pocos años que llevaban viviendo en el estanque.

No sé si porque fuera el último hijo que habían tenido y le habían mimado demasiado, o porque ésta fuera su condición, lo cierto es que Flechecilla era muy desobediente, y echaba en saco roto todas las órdenes y recomendaciones que le hacían sus padres. Si estos le decían que cuando viera a los patos, otros pobladores del estanque, se escondiera entre el cieno, para evitar ser devorados por los mismos Flechecilla se complacía en nadar perseguido por ellos, confiando en la potencia de sus aletas, y cuando los veían distantes, se arrimaba la cola a la nariz y agitándola les hacía burla. Algunas veces los niños que iban al parque lanzaban a las aguas un anzuelo, y él se complacía en el juego peligroso de sacar el cebo del anzuelo, riéndose a todo reír al ver las caras enfurecidas de los infantiles pescadores al ver los anzuelos vacíos.

Uno de los días Flechecilla estaba de-

dicado a este juego, y ya había quitado cinco veces el cebo a un anzuelo, cuando al disponerse a quitarlo por sexta vez, y en el momento que abría la boca para hacerlo, sintió un dolor agudo, y se sintió arrastrado hacia la superficie de las aguas, a pesar de batir furiosamente las aletas y la cola para impedirlo. De nada le servían los gritos pidiendo socorro; el anzuelo le había hecho prisionero, y si no se soltaba de él antes de que lo arrastrara a la superficie, podía contar con una muerte segura. La providencia, que se conoce que no quería del todo mal a Flechecilla, vino en su auxilio. El hilo que sujetaba al anzuelo, se enredó en el cieno del estanque, y un poco por los tirones del pececillo, y otro poco por la sujeción del enredijo, lo cierto es que el hilo se partió.

Dolorido y maltrecho, con el anzuelo clavado, salió nadando Flechecilla en busca de sus padres, quienes al verle, llenos de dolor por el dolor de su hijo, partieron a toda velocidad en busca del cirujano, especialista en la extracción de anzuelos, pues entre los peces, es un mal tan frecuente como el dolor de cabeza en los humanos, y hasta la mayor parte de las veces tiene las mismas causas, la lucha por la comida.

Vino el doctor, un pez panzudo, con gruesos lentes, y cierto aire de sabiduría, como corresponde a todo hombre de ciencia, y después de urgar con bisturís y otros aparatos parecidos, no sé si porque el mal lo requiriese o para justificar mayor minuta, dejó libre a

Flechecilla del anzuelo, aconsejándole guardara cama tres o cuatro días.

Apenas cicatrizada la herida, Flechecilla volvió a sus travesuras y desobediencias, sin que le hubiera servido de escarmiento la peripecia que le había ocurrido.

Un día nadaba cerca de la superficie de las aguas, deleitándose con los rayos del sol que las atravesaban, cuando se le ocurrió dar una fuerte sacudida con las aletas, y a su impulso sacó todo el cuerpo del agua. Tal sensación agradable sintió, que desde aquel momento no tuvo otra idea que escapar del estanque e ir a dar una vuelta por el mundo.

El día estaba espléndido. Las aguas, debido a la limpieza del cielo, estaban más transparentes que de costumbre, y Flechecilla miraba con envidia, al través de las mismas, a los niños corretear por los paseos. Sin poder resistir la tentación, nadando a toda velocidad, se encaminó a la orilla, y ¡zas! de un salto quedó sobre la hierba que la cubría. En mala hora se le ocurrió hacerlo. A los pocos segundos empezó a notar una sensación de ahogo. Quiso gritar y no pudo; quiso saltar de nuevo dentro del estanque, y le faltaron fuerzas. Dando saltos de un lado para otro como un loco, fué perdiendo poco a poco la vida el pobre Flechecilla, muriendo sobre la hierba, fuera de su mundo.

Al día siguiente el jardinero, que acostumbraba a limpiar el parque, barrió indiferente con su escoba el cuerpo de Flechecilla, que fué a parar a un estercolero entre un montón de hojarasca.

K-CHITO

## Buscando a mamá

(Continuación de la página 2)

vez de la palabra cariñosa, la palabra indiferente... ¡No! ¡Nunca! ¡El papel de su madre no lo podía desempeñar ninguna de aquellas buenas monjas! ¿Dónde estaría su madre?... ¿Y si la buscara?

Todo el día lo pasó embargado de

una gran tristeza, sin intervenir en ningún juego de sus compañeros, ni en sus risas y charlas, y llegó la noche, y después de decir la oración que todas las noches repetían, quedó en silencio todo el dormitorio, oyéndose sólo el ruido sigiloso de las pisadas de sor María, que era la monja que aquella noche estaba de guardia.

Por dos veces se acercó a la cuna de Paquito, cuya cabecita no cesaba de moverse de un lado a otro de la almohada; pero al verle con los ojos cerrados, volvía de nuevo a sus paseos.

Paquito no podía dormir. A su imaginación acudían atropelladamente todas las palabras que dijera por la mañana el sacerdote. Varias veces quiso intentar dormirse, pero otras tantas se veía entre sueños extendiendo los brazos hacia una mujer, cuya cara no conseguía ver, y que de su boca se escapaba aquella frase que varias veces repitió el sacerdote: "¡Madre mía!"

Empezaban a salir los primeros rayos del sol, cuando la monja se retiró del dormitorio para ir a hacer los primeros rezos del día a la capilla. Paquito, que aún no había conseguido pegar los ojos, apenas la vió salir, saltó de la cama, y vistiéndose todo aprisa, salió con mucho sigilo al patio, y casi arrastrándose llegó hasta la tapia, y después de convencerse que nadie le veía, saltó a la calle.

A todo correr se alejó del edificio de la Inclusa por el Paseo de Ronda abajo, con dirección al campo. Después de volver varias veces la cabeza para cerciorarse de que no era seguido, paró su carrera, sentándose sobre el verde unos momentos a descansar.

Unas voces que oyó a distancia le hicieron latir el corazón con fuerza. ¿Le vendrían a detener? Estiró el cuello, para procurar ver sin ser visto, y vió a distancia unos obreros que venían hacia él. Para no causar sospechas, se levantó y siguió su camino. Al pasar cerca de él los obreros, se le quedaron mirando, y uno de ellos, le dijo:

—¡Se madruga, "chaval"! ¿Eh?

—Sí—contestó Paquito con voz tímida.

Hasta bien entrada la mañana, estu-

# La Casa de Pichi

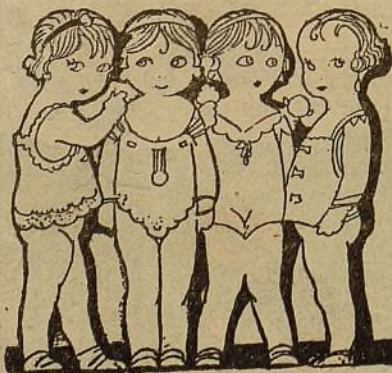
Los mejores y más baratos juguetes de todas clases para niños

Los Madrazo, 1 Teléfono 96247

## MUNECOS PICHIS

El Pichi legítimo y patentado sólo lo venden en La Casa de Pichi, Los Madrazo, 1. Casa Colomina, Puerta del Sol, esquina Carrera San Jerónimo. Casa Llacer, Atocha, 49, y en los Kioscos del Teatro Pavón y Circo de Price.

## Pichi regala a sus amiguitas una peseta



Pichi, acaba de editar cuatro grandes muñecas para vestir, de cincuenta centímetros de altas, en cartón. Se llaman, Cheché, Nené, Pilé y Teré. Pronto serán tan populares como el mismo Pichi, y con objeto de que las conozcan todas sus amiguitas, Pichi venderá un millar de ellas a mitad de su precio, o sea, UNA PESETA.

De venta en la Administración de Pichi, Mayor, 19. Para provincias, una peseta cincuenta céntimos.

Niñas, no dejéis de adquirir, antes de que os cueste más caro, las cuatro muñecas, Nené, Cheché, Teré y Pilé.



yo Paquito vagando por el campo, hasta que, cansado de andar y molesto de tanto sol, al que no estaba acostumbrado, se fué al Retiro, sentándose en un banco de una plazoleta donde jugaban unos nenes. Pronto éstos, con esa camaradería propia de todos los niños, le invitaron a jugar, y Paquito, al que sin saber por qué le invadía una alegría inmensa desde que había abandonado la Inclusa, aceptó gustoso. Al cabo de un rato de juego, la mamá de los niños los llamó a su lado, y Paquito se acercó con ellos al banco donde estaba sentada la señora. Sacó ésta de una bolsa, pan y chocolate que repartió entre sus hijos, que Paquito miró con envidia, pues desde la noche anterior no había entrado nada en su estómago. Tan clara fué la mirada de Paquito, que la señora se percató de ella.

—¿Quiéres tú también?—le preguntó cariñosa—. ¡Hay para todos!

Paquito, al oírlo, se puso colorado como una grana, pero más fuerte su hambre que la vergüenza que le dió, extendió la mano y cogió el pedazo de pan grande y la onza de chocolate que la señora le tendía.

—¡Qué guapo eres!—le dijo ésta haciéndola una caricia—¿Cómo te llamas?

—Paquito—respondió éste, más condescendentemente.

—¿Y estás solo?

—Sí, señora.

—¿Me das un beso?

Paquito puso la cara para dar y recibir el beso, y al contacto de los labios de la señora, sintió su alma inundada de una alegría extraña. ¡Era el primer beso cariñoso que recibía en su vida!

Todo el día se lo pasó, de un lado a otro del Retiro, comiendo gracias a la señora que le había dado por la mañana el pan y el chocolate, pues como el pedazo que le había dado de aquél era muy grande, había podido guardar un poco en el bolsillo. Al anocheecer, un guarda le hizo salir del parque, y sin saber cómo, se encontró en plena calle de Alcalá, aturdido por el continuo ir y venir de automóviles de un lado para otro. A paso lento, sin saber adónde encaminarse, parándose en todos los escaparates, y deteniéndose ante todos los automóviles, estuvo vagando por las calles del centro, hasta cerca de las doce.

A dicha hora, rendido por el sueño, y agotado por el hambre, se sentó rendido en un banco de la plaza de Oriente, y al cabo de un rato, tirado a la larga, dormía un sueño profundo.

Al verle uno de los guardias que estaba allí de vigilancia, se acercó al banco y después de contemplarle largo rato, le cogió de un brazo y le sacudió con suavidad; pero Paquito siguió roncando. El guardia de buena gana le hubiera dejado seguir durmiendo, pero obediente a las órdenes recibidas, volvió a sacudir tres o cuatro veces a Paquito, que dando vueltas a cada sacudida, volvía a seguir durmiendo. Viendo la imposibilidad de despertarle,

el guardia optó por sentárselo en las rodillas, y a fuerzas de meneos y de abrirle los ojos con los dedos, Paquito se despertó al fin. Al verse sentado sobre las piernas del guardia, creyó que lo iban a llevar de nuevo a la Inclusa, y a todo llorar le dijo al guardia:

—¡No me lleve, por Dios! ¡No me lleve! ¡Que quiero buscar a mamá!

Extrañado de las palabras del niño, y después de consolarle con caricias, le contó éste, su escapada de la Inclusa, y el motivo por que había huído. Cuando terminó Paquito su narración, cogiéndole el guardia de la mano, le dijo:

—Ven, que vamos a buscar a tu mamá.

Confiado Paquito le dió la mano al guardia, y después de cruzar varias calles llegaron a la Comisaría. El guardia explicó al Comisario lo ocurrido, quien sin comprender la tragedia del alma sensible de Paquito, dijo:

—Usted ha terminado ya el servicio, ¿verdad?

—Sí, señor Comisario.

—Pues dígame a López que se lo lleve a la Inclusa.

Al oír esto Paquito, se agarró a los pantalones del guardia que lo había traído, y llorando con desesperación, empezó a gritar:

—¡No quiero que me lleven! ¡No quiero que me lleven! ¡Quiero buscar a mi mamá!

El guardia, conmovido por el llanto de Paquito, dijo al Comisario:

—Aunque yo ya estoy franco de servicio, si usted quiere, le llevaré yo mismo.

—¡Llévele usted!

Como Paquito no se soltara de los pantalones del guardia, e implorándole que no le llevara, le sacó del despacho del Comisario. Ya en la calle, conmovido el guardia por las lamentaciones del niño, le dijo para consolarle:

—¡No llores, nenito!

Pero Paquito seguía llorando con desesperación.

—Oye, ¿quieres venir a mi casa?—le dijo después de pensarlo largo rato.

—¡Sí! ¡sí! ¡Lléveme! Que así podré seguir buscando a mi mamá.

—No te hará falta; mi mujer te cuidará como si fueras su hijo. Precisamente varias veces ha querido sacar uno de la Inclusa—le dijo el guardia dando media vuelta y volviendo a entrar en el despacho del Comisario.

—¿Cómo? ¿todavía aquí?

—Es que, señor Comisario, como nosotros no tenemos hijos, quisiera que me lo dejara llevar a mi casa, que ya mañana arreglaría yo todo para adoptarlo como hijo mío.

—¡Llévalo, hombre! ¡Llévalo!

Y así encontró Paquito una mamá.

MANUEL ILLANA

—El centauro, era mitad hombre y mitad caballo.

—Y ¿dónde dormía? ¿En la cama o en la cuadra?

Carmen González Llorente



## Chistes y colmos

—Papá y mamá, durante la comida, se han peleado, y luego tuvieron que llamar al médico.

—¿Se puso mala tu mamá?

—No; fui yo, que mientras ellos se peleaban me comí todo el postre y me dió un cólico.

Martín Franco

La mamá.—Oye, Pedrín, ¿por qué pegas a tu hermanito?

Pedrín.—Porque acabo de leer un refrán que dice: "quien bien te quiere te hará llorar", y le estaba demostrando mi cariño.

Gabriel Sánchez Rodríguez

—¿Cuál es el colmo de un guardia civil?

—Detener el viento.

Esteban Ectja

Pichi.—¿Para qué tienen los hombres la cabeza?

Belorcio.—Para discuir.

Pichi.—¡No, hombre! Para que no se les salga el cuello de la camisa.

En el mar.

—¿Qué pescas?

—Sardinas.

—¿Cuántas has pescado?

—Ninguna.

—Entonces, ¿cómo sabes que pescas sardinas.

Manuel Gallardo

—¿Cuál es la carne más dulce?

—La carne de membrillo.

Pichi

—¿Cuál es el colmo de un oculista?

—Poner gafas a los ojos de un puente.

Juan M. Prieto

—Usted me asegura que esta tela es pura lana y en la etiqueta pone "algodón".

—Le diré, señora; es para engañar a la polla.

En el taller de un pintor.

El comprador.—Y ¿este mamarracho dice usted que es un retrato?

El pintor.—¡Cál No, señor. Digo que es un espejo.

María Rosa

## Adivinanzas

Altos padres,  
Gorgoritas madres,  
Hijos prietos  
y blancos nietos.  
—Los piñones.

Una cosa  
Que habla y no tiene boca  
Que anda y no tiene pico,  
¿Qué cosa es?  
—La carta.

Guillermo Behety

Verde en el campo,  
Negro en la plaza  
Y colorado en casa.  
—El carbón vegetal.

Rafael de Rojas

¿Quién es el hijo cruel,  
que a su madre despedaza,  
y su madre con gran traza,  
se lo va comiendo a él?  
—El arado.

Dolores Artiles

## CUPON DE COLABORACION

Todo trabajo al que se adjunte el presente cupón, será insertado en nuestro semanario

## Comunicado

Hemos recibido una carta del Presidente de la Unión Deportiva Pichi, rogándonos pongamos en conocimiento de sus socios y niños que simpatizan con la misma, la inauguración de su nuevo domicilio social, en la plaza de Antonio Zozaya, número 15, principal, donde disponen de un buen local, en el que están establecidas las oficinas necesarias, para cumplir debidamente, el fin deportivo a que se dedica.

Aprovechamos la ocasión para desear a la naciente Sociedad Deportiva Pichi grandes triunfos en lo futuro; que son de esperar, por el buen material que posee y la calidad de sus entrenadores.

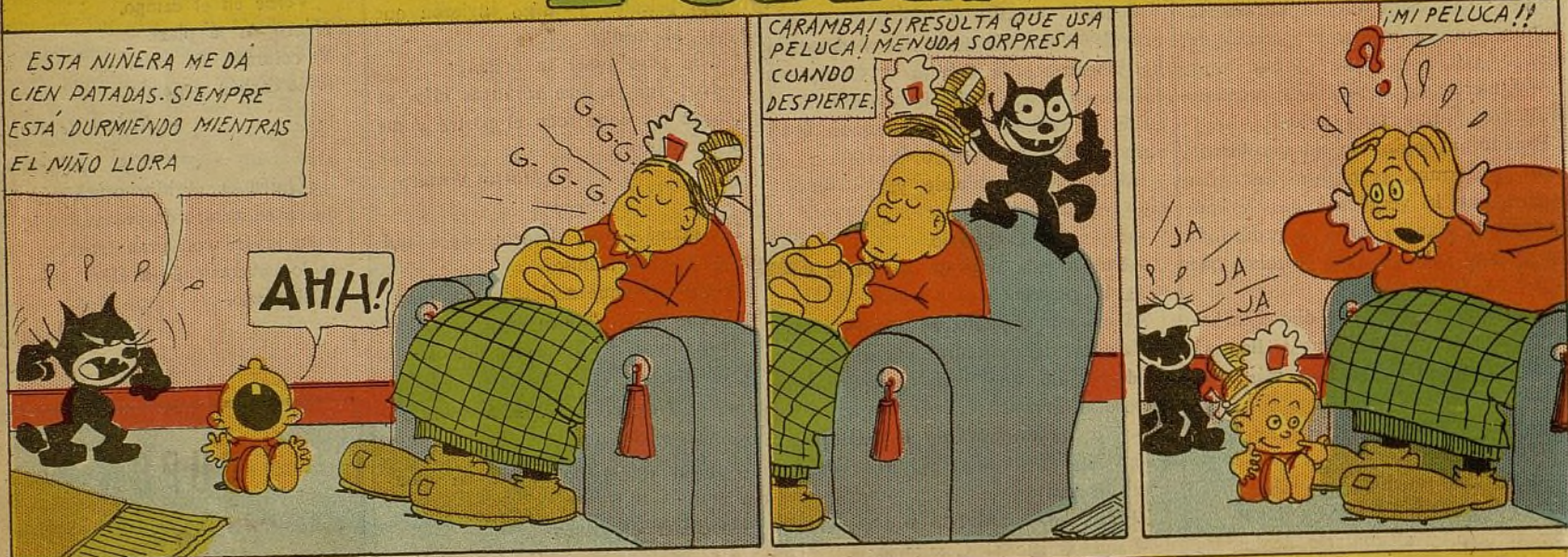
Imp. EL FINANCIERO, Ibiza, 13. Madrid



## EL DOBRE DIABLO



## Félix



## LA SORPRESA

